



DON REMIGIO DE YARZA.

Pasados los primeros días de la revolución, en que los militares abundaban, quedaron al frente de la revolución labradores, abogados y sacerdotes, éstos en inmensa mayoría, y los segundos en una cantidad bastante apreciable y muy cercana á la de los últimos.

Uno más que tenemos que agregar á esta galería de biografías: Don Remigio Yarza. Era originario de la provincia de Michoacán, y muy amigo del Mariscal Don José Antonio Torres, que fué el que lo decidió á tomar parte en la revolución: llamado el "amo" á dar su opinión sobre la reunión de una Junta de gobierno, consideró con el natural buen sentido que tenía que él no entendía de esas cosas y que mejor podía servir á la causa peleando en el campo que pronunciando discursos; consecuente con esta idea dió sus poderes á Don Remigio Yarza para que lo representase en las Juntas que iba á haber en Zitácuaro, y tan buenas muestras de discreción y competencia dió, que Rayón le cobró afición y lo nombró al fin Secretario de la famosa Junta de Zitácuaro.

Con ese carácter autorizó todas las actas y actos de la Junta desde 1811 que se reunió, y cuando se vió obligada á emigrar á Tlatchapa y á Sultepec la acompañó siempre con el carácter de Secretario hasta que de hecho quedó disuelta. Entonces Yarza siguió por algún tiempo la suerte de Rayón, pero acordándose de que tenía mando mili-

tar, organizó una partida cuando ese jefe se encontró reducido á la última extremidad y se dirigió á Zacapu, donde se unió con el padre Torres para muchas de las expediciones que intentó. Reunido por Morelos el Congreso de Chilpancingo, Yarza concurrió á él no como Diputado, sino en calidad de auxiliar y resultó bastante útil, pues la práctica que había adquirido sirvió mucho á los Secretarios de ese Cuerpo para facilitar los trabajos de gabinete. Cuando se reorganizó ese Congreso, Yarza en unión de Don Pedro Bermeo fué nombrado Secretario, y con tal carácter firmó la Constitución de Apatzingan, (Noviembre de 1814). Siguió formando parte de él en esas circunstancias hasta antes de Septiembre de 1815, en que lo substituyó Calvo. A causa de esta substitución no emprendió el viaje á Tehuacán, sino que permaneció en Michoacán al frente de una partida de insurgentes.

Cuando en Enero de 1816 Anaya disolvió la Junta subalterna de Taretan, los jefes insurgentes de Occidente, queriendo evitar la anarquía que por la falta de un Gobierno se produciría, formaron la Junta de Uruápam, (más tarde de Jaujilla), á iniciativa de Yarza, y aunque Don José María Vargas fué el Presidente de ella, en realidad quien dirigió su organización fué Don Remigio, que era hombre de orden; persiguió á Anaya, al que por poco fusiló, y determinó trasladarse á Jaujilla ó Zacapu, punto que le ofrecía mayores seguridades; Yarza terminó su período parlamentario de un año y no salió reelecto, por lo que con los ochocientos hombres armados y otros tantos sin armas que tenía á sus órdenes, se dedicó á merodear por la comarca que rodea aquella laguna. Nunca hizo algo de provecho como militar y casi no hay constancias de que se encontrara en acciones de guerra, pero no por eso sus consejos dejaban de ser aprovechados por otros jefes insurgentes, y principalmente por el padre Torres.

Es lástima que no ayudase eficazmente á Mina cuando este jefe propuso distraer la atención de los realistas á fin de obligar-

los á levantar el sitio de los Remedios; y por su parte no se consideró con suficientes fuerzas para auxiliar el fuerte de Jaujilla cuando tan fué estrechamente sitiado que tuvo que rendirse. Habiendo quedado privados él y el padre Torres de la fortaleza donde se refugiaban, quedaron expuestos á ser aniquilados por el primer realista que les diese alcance: de aquí se originó probablemente la desavenencia entre ellos, pues no hay causa conocida de ella. Lo cierto es que el padre Torres mandó fusilar á Don Remigio de Yarza, orden que se llevó á cabo en los últimos días del año de 1819 en un pueblo de la provincia de Guanajuato, en la época en que la revolución, en decadencia, devoraba á sus propios hijos como si no tuviera necesidad del curso de todos.



DON EPITACIO SANCHEZ.

El tono hiperbólico y la poca cordura con que los mexicanos hemos procedido siempre que de escribir la historia nacional se ha tratado, han hecho que alguien diga de Epitacio Sánchez que á haber nacido moscovita habría sido competidor del Hetman Platow ó de Milorawich, y si Varsovia lo hubiera contado por hijo habría figurado junto á Pomiatowsky. Estas y otras muchas exageraciones nos han hecho mucho daño y tiempo es ya de darles de mano para escribir la historia con la cabeza y no con el corazón; con crítica sana y no con entusiasmos perjudiciales.

Don Epitacio Sánchez nació en la jurisdicción de Jilotepec, de la provincia de México, de una familia que tenía mediana proporción y que habiendo dedicado á su hijo á los trabajos del campo en los terrenos de su propiedad, hizo de él un magnífico jinete que conocía todo el deporte de ese ramo y que tenía pocos rivales jineando, lazando y coleando. Se lanzó á la revolución desde 1811, llevado de su entusiasmo por la Independencia, y se presentó á Don Ignacio Rayón, que lo hizo Capitán de la pequeña partida que lo acompañaba; al lado de Don Ramón Rayón se inició en el arte de la guerra, y dada su natural disposición, pronto estuvo práctico en la que entonces se hacía. Por su puntualidad en el servicio y su valor, fué gradualmente ascendiendo, y tenía á sus órdenes una fuerza de caballería, con la que se ba-

tió en Zitácuaro, Sultepec y Tenango; concurrió en Octubre de 1812 con el grado de Teniente Coronel al asalto de Ixmiquilpan, que se frustró por la defección de Francisco Villagrán. Como Rayón no pudo conservar reunido todo su ejército, procuró distribuirlo convenientemente, enviando á sus oficiales á los puntos que mejor conocían, de lo que provino que Sánchez fuese enviado á la serranía que se extiende por Chapa de Mota y Villa del Carbón hasta comunicarse por el Sureste con la de Montealto. Allí sostuvo frecuentes escaramuzas con las tropas realistas.

Por tener Morelos la suficiente caballería no fué llamado Epitacio Sánchez al sitio de Valladolid, limitándose á hostilizar desde lejos la división de Iturbide; después de aquella acción lo llamó Don Ramón Rayón, que ya se había provisto de pólvora y municiones en Púcuaro, para que lo ayudase en la expedición que realizó por los alrededores de Querétaro: en la Barranca, Sabanilla y goteras de esa ciudad, quedaron derrotados los realistas, y Ordóñez, temeroso de ser atacado, reunió todas sus fuerzas y se atrincheró en Jilotepec, pero Rayón, aprovechándose de esta circunstancia, hizo que Sánchez caminase por la montaña en unión de Atilano García y cayese sobre Huehuetoca, donde se hizo de algún parque y armamento, poniendo además en gran ansiedad al realista que tenía al enemigo por el frente y por la espalda, (Abril de 1814). Rayón no supo sacar de su triunfo toda la ventaja que pudo, y se limitó á fortificarse en Cópore.

Poco antes de que empezase ese sitio contribuyó Sánchez á derrotar á Llano en Jungapeo y durante él auxilió eficazmente á Rayón hasta que fué levantado. Tan tranquilos quedaron uno y otro jefe después de este resultado, que resolvieron tomar la ofensiva y atacaron en Jilotepec á Ordóñez, mientras este jefe pensaba en atacar á Sánchez en Nadó; el realista se defendió bien y consiguió desbaratar á la izquierda insurgente, con lo que se decidió la batalla en favor de Ordóñez. Esta derrota, ocurrida en Mayo de 1816, disminu-

yó mucho los bríos de Coronel independiente y lo redujo á emprender pequeñas expediciones por la serranía. Comprendiendo Ordóñez que era esa la ocasión de someterlo, activó su persecución: en consecuencia, destacó al Capitán Hidalgo, que se presentó inopinadamente en Monte Alto y penetrando á la casa de Epitacio se llevó presos á lo esposa é hijo de iste; en seguida le ofreció el indulto. Sánchez fió en las promesas del realista y no tuvo inconveniente en indultarse para rescatar á su familia, pero enterado el Dr. Magos de su resolución, trató de oponerse á ella y aun le sublevó parte de su gente. Con el resto se indultó Sánchez (Mayo de 1816), quedando con el grado de Teniente de realistas, y aunque procuró que se indultasen varios como Urbizu y Don Rafael Villagrán, persiguió á no pocos de sus antiguos compañeros y fusiló á bastantes. Después de la expedición de Mina quedó á las órdenes del Coronel Don Cristóbal Villaseñor, y en Junio de 1819 ayudó eficazmente á la pacificación de la Sierra Gorda y al indulto de su amigo el Dr. Magos.

Cuando éste, en Mayo de 1821, insurreccionó toda la serranía de Huichápam, permaneció tranquilo Sánchez, pero por muy pocos días, pues se incorporó á Iturbide cuando éste desde Valladolid se dirigía á San Juan del Río; al pasar el ejército frente á Querétaro, la vanguardia de los independientes, entre la que iba Iturbide, se componía de treinta hombre, quince infantes á las órdenes del Capitán Don Mariano Paredes (después Presidente de la República), y quince dragones mandados por Don Epitacio Sánchez; el resto del ejército de Iturbide venía aún lejos, y de esta circunstancia se aprovechó Bocinos, Comandante de la plaza, para atacar á la vanguardia. La partida era muy desigual, pues los realistas tenían cuatrocientos hombres, pero Paredes y Sánchez no se arredraron y aun hicieron punto de honor hacer frente á sus contrarios advirtiéndole que de una parte toda la guarnición de la plaza y de la otra todo el ejército trigarante los contemplaba. Iturbide fué obligado á quedarse atrás

con los asistentes como reserva, y Paredes se situó tras de unas peñas. "Diríase—escribe un escritor,—que Iturbide había lanzado un rayo á su enemigo, tal fué la exaltación con que se batieron sus soldados, que hicieron prodigios, con que dieron nuevo realce á su valor; esos hombres acreditaron todo lo que las había hecho sentir y comprender su General, y cuánto daba de sí la emoción de ser ellos el centro de las miradas de su jefe, del ejército y de la nación toda. Peleábase por ambas partes con encarnizamiento, la infantería y su Comandante se excedían á sí mismos; la caballería se multiplicaba con su jefe, lleno de firmeza y actividad. En una carga á la lanza, Epitacio iba á traspasar á un Mayor del Regimiento del Príncipe; de repente un joven alférez cubierto de sangre enemiga le grita: "Señor, es mi padre, no le quite usted la vida." El Mayor era Don Juan José Miñón, el alférez es hoy (1850) el General Don José Vicente Miñón."—Después de una lucha tan desigual por parte de los independientes y obstinada por la de los realistas, éstos se retiraron velozmente á Querétaro, hasta cuyas trincheras fué perseguido Bocinos, dejando en poder de los vencedores 45 muertos y heridos, siendo de estos últimos el Teniente Coronel Soria, el Ayudante Mayor de Zaragoza, Latorre, y el Capitán Vélez." El premio que los treinta insurgentes recibieron fué un escudo con el lema "30 contra 400," con cuyo nombre se conoce esa acción, dada en el paraje Arroyo Hondo. Luaces, recomendando al Virrey el comportamiento de Bocinos (que nada de bizarro tuvo), atribuye la victoria al entusiasmo fanático de que los insurgentes se hallaban poseídos y trata de hacer creer que aquel jefe se batió con todo el ejército de Iturbide.

Este, desde entonces, tuvo predilección por Don Epitacio Sánchez; entró á México el 27 de Septiembre, mandando una de las brigadas de caballería, y días después, con el grado de Brigadier, quedó al frente de los Granaderos imperiales, Cuerpo distinguido por Iturbide y que fué uno de los que no defecionaron: en Enero de 1823 fué envia-

do al Sur para batir á los Generales Bravo y Guerrero, que se habían pronunciado contra el imperio, y tomó parte en la reñida acción de Almolonga, donde aquellos quedaron heridos y derrotados: cuando Sánchez avanzó con sus granaderos para decidir la acción, una bala enemiga le entro en la cabeza, dándole una muerte instantánea.

Así acabó el valiente insurgente Don Epitacio Sánchez cuando aún podía servir á su patria en algo mejor que no en luchas fratricidas.



DON JOSE SOTERO DE CASTAÑEDA

Vió la primera luz este insurgente tan notable, en la provincia de Michoacán, el año de 1780. Enviado por sus padres á esta capital cuando ya estuvo en aptitud de hacer estudios superiores, ingresó al colegio de San Ildefonso, donde con bastante aprovechamiento hizo la carrera de abogado hasta terminarla en los primeros años del siglo pasado. Quedó aquí ejerciendo su profesión con pocas perspectivas, tanto por su calidad de criollo como por el gran número de abogados que había.

La guerra de Independencia que estalló á poco le abrió nuevos horizontes, y creyendo, como les sucedió á muchos profesionales, que pronto terminaría la lucha, dejó la capital y se presentó en 1812 á Rayón, que le hizo muy poco aprecio, seguramente porque ya tenía bastantes abogados en su ejército: pasó entonces al campo de Morelos, que se encontraba en el Oriente y que necesitado de hombres de estudio para organizar sus conquistas, lo nombró Auditor de guerra y se lo llevó al Sur como segundo Secretario cuando estaba organizando el Congreso de Chilpancingo. En Febrero de 1814, que se aumentó el número de Diputados de ese Cuerpo, el Lic. Castañeda tomó parte en él como representante de la provincia de Nueva Vizcaya ó Durango, y por algún tiempo siguió la suerte de aquella Corporación; firmó la Constitución de Apatzingan, (Octubre de 1814). Emigró con el Congreso á Tehuacán, donde se vió

que quedaban cuatro Diputados nada más, pues los demás ó estaban ausentes ó habían terminado su cometido; Castañeda, que tenía el carácter de Vicepresidente, suscribió como tal la comunicación que se dirigió al Virrey Calleja amenazándolo con tratarlo de igual manera que como él tratase á Morelos.

Decidido que el Congreso tuviese sus sesiones en Coxcatlán, á este pueblo se trasladó Castañeda, pero como á los pocos días disolvió Terán el Congreso, el último Presidente se dirigió en principios de 1816 á Veracruz, donde se unió á Victoria, á quien sirvió de mucho con el título oficial de Asesor, pero en realidad como consejero. Con él pasó todo el año de 1816, pero eran tantas las penalidades que los insurgentes de esa parte sufrían, que resolvió indultarse y al efecto se separó de Victoria y desde Actópan se dirigió al jefe realista Márquez Donallo. Este "hizo al Virrey una recomendación tan encarecida de Castañeda, que prueba el interés sincero que tomaba por su suerte, así como la exposición que aquél dirigió al mismo Virrey, manifiesta el grado de angustia á que se hallaban reducidos los insurgentes por efecto de la activa persecución que les hacían los jefes realistas, y la convicción que tenían los hombres honrados y sensatos de aquel partido, como Castañeda era, de la absoluta imposibilidad de obtener la Independencia con los medios y personas empleadas para ello."

Pasó á México, donde se radicó con su familia, que lo había acompañado en su azarosa vida de insurgente, y sufrió bastantes estrecheces, pero á poco de realizada la Independencia fué nombrado Auditor de guerra; al erigirse el Estado de Michoacán en 1824, fué nombrado Magistrado del Tribunal Superior del Estado, y más tarde la Federación lo hizo miembro del Supremo Tribunal de Guerra y Marina; también fué Diputado al Congreso de la Unión por su tierra natal durante el régimen centralista, y Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, cargo que desempeñaba al ocurrir su muerte en esta ca-

pital, el 7 de Octubre de 1844. Por su carácter y aficiones no pudo acomodarse al medio en que vivía entre los independientes, y juzgó más oportuno prescindir de los ideales que lo habían llevado á la revolución.



DON ANTONIO ARROYO

Fué uno de tantos caudillos como se levantaron en armas, y el hecho de que su nombre sea muy conocido en la comarca de Puebla, hace que se le incluya en esta colección.

Era, según afirma Bustamante, dependiente de la hacienda de Ocotepec, en los Llanos de Apam, y se lanzó á la revolución con ánimo de medrar: era "chaparro," cargado de espaldas, color blanco y voz ronca; tenía feroces instintos y una fuerza hercúlea. Se lanzó á la revolución á fines de 1811 con una pequeña partida, y se asoció con Antonio Bocardo, aficionado al robo y hombre enteramente despreciable; ambos sentaron sus reales en la gran llanura de Tlaxcala y extendían sus correrías hasta la sierra de Puebla.

Empezó Arroyo sus hazañas amenazando á Zacapoaxtla, pero batido por Buenabad, se retiró á los Llanos, donde se acababa de levantar Rosains, al que puso preso con pretexto de que quería indultarse, pero en realidad para que no le hiciese sombra, pues era hombre de orden; sólo consintió en dejarlo libre al cabo de algún tiempo, cuando Morelos envió una orden terminante para él. Siguiendo el ejemplo de otros insurgentes, quiso hacerse fuerte en algún punto y al efecto escogió Tepeaca, bien situado entre Puebla y los caminos de Veracruz, pero no pudo conservarlo mucho tiempo porque Llano lo arrojó de allí en Mayo de 1812, le quitó su artillería y á su vez

dejó un fuerte destacamento en la población. Unido con Machorro, Sesma y otros, atacó y tomó á Tehuacán, fusilando á los defensores de la población; no permaneció allí mucho tiempo, pues no comprendió la importancia del punto y siguió expedicionando por la comarca. Bravo lo utilizó en la acción del Palmar, donde quedó derrotado y muerto el realista Labaqui, y Morelos, al que le repugnaba tratar con él, le dió algunas comisiones de poca importancia, desempeñadas las cuales Arroyo volvió á Alzayanga, hacienda de la que se había apoderado y que tenía por suya. Varias veces fué arrojado de ella por Agulla y otros realistas, pero á poco tiempo volvía á instalarse en ella.

No es nuestro ánimo referir todas las campañas de Arroyo, las que por otra parte, tienen poco interés, y únicamente daremos idea de ellas en términos generales. En las diferencias entre Rayón y Rosains reconoció al segundo, á pesar de los antecedentes que había, pero nunca lo obedeció y aun acabó por disgustarse con él y jurarle odio á muerte con motivo de que Rosains le reclamó por no haberlo auxiliado en el combate de San Hipólito. En las cercanías de Tehuacán se encontraron las fuerzas de Arroyo con las de Bustez, sobrino de Rosains, y aunque estas últimas quedaron derrotadas, Arroyo juzgó prudente retirarse y por temor de ser atacado buscó con poco empeño una reconciliación. Su partida de caballería continuó por algún tiempo expedicionando por la comarca, y Arroyo nominalmente reconoció la autoridad de Terán, por más que nunca tuvo ocasión de saberse si lo hubiera obedecido ó no.

Cuando la activa persecución de Concha hizo que muchos jefes se indultasen, Arroyo se encontró en una posición difícil y hubiera tenido al fin que hacer lo que los demás, ó indultarse ó perecer en algún encuentro; sin embargo, su suerte fué distinta: en Mayo de 1816 tuvo un fuerte altercado con su segundo, Calzada, por cuestión de faldas, y aunque por el momento ambos se calmaron, días después éste dió traidora-

mente muerte á aquél y se levantó con la guerrilla que capitaneaba. Su otro segundo, Bocardo, ya había perecido fusilado mucho tiempo antes. El cadáver de Arroyo recibió sepultura en la Parroquia del pueblo de Cuapiatxla.



DON JOSE ALVAREZ DE TOLEDO

Este aventurero era natural de la ciudad é isla de Santo Domingo en el mar de las Antillas, y habiendo hecho sus estudios navales en España, llegó á ser un buen oficial de la Marina española; además, en 1810 fué electo por su patria Diputado á las Cortes de Cádiz, pero por diversas circunstancias entró en choque con sus compañeros de diputación y se vió procesado en la referida Cádiz.

Habiéndose evadido de aquella ciudad, vino á vivir á los Estados Unidos, en donde publicó un manifiesto contra las Cortes y formó el proyecto no sólo de unirse á la expedición de Gutiérrez de Lara, sino de apoderarse del mando de ella. Con este intento se dirigió á Natchitoches, desde donde comunicó su llegada á Lara ofreciéndole sus servicios en calidad de segundo, pero éste, recelando sus ardides, de que ya tenía alguna sospecha, rehusó admitirlo, y aun también le mandó que se retirase. No se retrajo por esto Alvarez de Toledo de llevar adelante sus miras, y con una imprenta volante que consigo traía, publicó una proclama desacreditando á Lara y haciendo magníficas promesas, si se le confiaba la dirección de la empresa: los aventureros que en ella habían entrado se declararon por Toledo y la Junta de Béjar dió orden á Lara para que entregase á aquél el mando y todos los útiles y pertrechos de la expedición. Hízolo Lara, y lleno de despecho, viendo frustradas sus esperanzas en

el momento que creía tenerlas aseguradas, se retiró á los Estados Unidos.

Se han querido atribuir estos manejos de Toledo á inteligencia en que estaba con el Ministro español en Washington, más bien por el resultado que las cosas tuvieron, que por ninguna razón fundada, pues antes por el contrario, todo concurre á persuadir que Toledo procedía con resolución y buena fe.

La descubierta que Arredondo había despachado á tomar noticia del enemigo, volvió pronto dando aviso de que se notaba movimiento de mucha gente. En efecto, Toledo, advertido de la marcha de Arredondo, había salido de Béjar á encontrarlo. Hizo entonces éste que una partida de ciento ochenta caballos se adelantase á las órdenes de Elizondo, con orden de no empeñar la acción, sino retirarse si era cargada por el enemigo, dándole aviso para marchar á sostenerlo con el grueso de la división.

Elizondo encontró á los insurgentes el 18 de Agosto al amanecer, en el paraje llamado "Atascoso," y habiendo emprendido retirarse, se vió apretado por ellos que dió aviso á Arredondo, quien mandó en su auxilio con ciento cincuenta caballos y dos cañones al Teniente Coronel subdiácono, Don José Manuel Zambrano, el mismo á quien hemos visto haciendo en Béjar la contra revolución en 1811, mas no bastando tal refuerzo para sostenerse, Elizondo, perdidos los dos cañones, se puso en fuga precipitada, echándose sobre la división que estaba en marcha para pasar el río de Medina. Los insurgentes, que dando por segura la victoria avanzaban con intrepidez, persiguiendo á los fugitivos, se detuvieron para formar su batalla en un encinar que sube las orillas de éste río, y Arredondo hizo lo mismo, colocando su infantería, mandada por el Capitán del Fijo de Veracruz, Don Antonio Elosúa, en el centro, la artillería en los dos costados, sostenidos éstos por la caballería á las órdenes, en el de la derecha del Coronel Don Cayetano Quintero, y la de la izquierda de Elizondo. La acción se empeñó y sostuvo con encarnizamiento por más de dos horas. Toledo intentó flanquear por ambas alas á los realistas, que se defendieron,

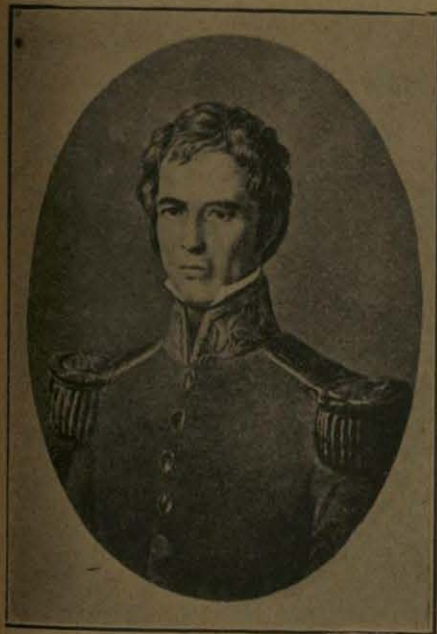
formando martillo en los dos extremos, y notando Arredondo que los insurgentes fiagueaban, habiendo perecido muchos de los aventureros norteamericanos que constituían lo más granado de su gente, hizo tocar la música en señal de victoria, con lo que alentados los suyos se echaron sobre la artillería enemiga de que se hicieron dueños, por lo que los de Toledo acabaron de desconcertarse y huyeron, abandonando sus pertrechos y bagajes. Arredondo los hizo seguir por Elizondo con doscientos caballos, el cual ocupó á Béjar sin resistencia, en cuya villa entró aquél con su división triunfante el 24 de Agosto. Hicieronse en la acción ciento doce prisioneros, que en el mismo día y en el siguiente, fueron pasados por las armas, y lo mismo se ejecutó con muchos de los doscientos quince que fueron cogidos en Béjar, especialmente con los norteamericanos, de los que no quedó vivo ninguno. Arredondo hace subir el número de los insurgentes á tres mil doscientos bien armados, y con una disciplina muy superior á la que había observado en los que había tenido que combatir en aquella revolución: el de los muertos á mil, todo lo cual es ciertamente muy exagerado. Su pérdida reduce á cincuenta y cinco muertos, ciento setenta y ocho heridos, y ciento sesenta y cinco contusos, sin comprender en los heridos al Coronel Quintero, el subdiácono Zambrano, y varios oficiales que también lo fueron.

Elizondo fué encargado de seguir el avance con quinientos caballos hasta Nacoches, y habiéndose situado cerca del pueblo de Trinidad, en el puerto en que se junta el camino de la bahía, logró coger á muchos de los dispersos, de los cuales había fusilado setenta y uno hasta el 12 de Septiembre, fecha del parte que dió á Arredondo desde el campamento del Ojo de agua de los Brazos. Este jefe hizo publicar un bando en 10 de Octubre, concediendo el indulto á todos los vasallos del Rey que se presentasen á pedirlo, exceptuando á Gutiérrez de Lara, Toledo, Prado y otros culpables de la muerte de los Gobernadores Herrera y Salcedo y demás oficiales que fueron asesina-

nados en Béjar, quedando también excluidos de esta gracia, los extranjeros.

Pudo escapar Toledo, aunque con algunas dificultades, y se dirigió nuevamente a los Estados Unidos donde entró en relaciones con los insurgentes del interior por medio de los enviados de éstos. En 1815 hizo un viaje á Boquilla de Piedra, puerto que dominaba Victoria y vendió á éste fusiles, armas, pólvora, efectos, estableciendo un tráfico fraudulento que terminó por haber ocupado los realistas el punto.

No volvió Toledo á mezclarse en los asuntos de México, pues consiguió contraer un ventajoso matrimonio con una señora viuda de alto rango en la corte de Madrid, con la que volvió á España donde obtuvo una pensión sobre la imprenta real y posteriormente fué Embajador de Fernando VII en la Corte de Nápoles, en cuyo reino tenía su esposa títulos y grandes posesiones.



Genl. D. Guadalupe Victoria.



DON GUADALUPE VICTORIA

Este insurgente es uno de los que más fama disfruta, tanto por su legendaria existencia en Veracruz, cuanto por los altos puestos á que llegó después de hecha la Independencia.

Nació en el pueblo de Tamazula, Provincia de Nueva Vizcaya, el año de 1786, siendo sus verdaderos nombres y apellido, Manuel Félix Fernández; al abrazar la causa de la Independencia, adoptó los que le hicieron conocido después, sin duda para reunir en sí las dos ideas que entonces atraían más la atención de los mexicanos: la religión simbolizada por la Virgen de Guadalupe y la Independencia por la palabra "Victoria." Era estudiante del colegio de San Ildefonso cuando en 1811 salió para alistarse en las filas de los independientes, militando en ellas con firme constancia á que no siempre correspondió un éxito feliz. Donde se le ve figurar por primera vez con distinción, fué en el ataque que dió Morelos a Oaxaca el 25 de Noviembre de 1812; joven valiente y ardoroso se arrojó en esa vez sin haber necesidad, á uno de los fosos para salvarlo á nado y recoger su espada, quedando atascado en el fango, de donde parece que no le quiso ayudar á salir Don Manuel de Mier y Terán, y desde entonces comenzó entre ambos la rivalidad que duró mientras vivieron.

Poseía Victoria una imaginación brumosa y fantástica, que le inclinó á cambiar de nombre, y á singularizarse en muchas oca-

siones; tranquilo y frío en el combate, sufría con gusto toda clase de privaciones á que se sujetaba como el último de sus soldados; sereno en el peligro, sin temerle jamás, constante en sus empresas y de bondadoso corazón, se hizo muy popular. Hallándose en el Sur por las vicisitudes de la guerra, pasó por orden del Congreso de Chilpancingo, al Oriente en 1814, á las órdenes de Rosains, quien lo despachó para fomentar la revolución en la Provincia de Veracruz, cuyo mando tomó en Septiembre del mismo año con el grado de Coronel que le dió el mismo Rosains, por haber marchado para los Estados Unidos Don Juan Pablo Anaya, que era el Comandante de la Provincia. Se distinguió en atacar los convoyes que pasaban de Veracruz á Jalapa, en cuyos ataques tuvo siempre muy poca fortuna. Poco se prometían los jefes de la insurrección en la provincia veracruzana, de un jóven que tenía endeble constitución, considerando que no podría sobrellevar las fatigas de una penosa campaña; pero variaron pronto de opinión al observar la facilidad con que adoptaba las costumbres inherentes á la vida de insurgente, en una zona tan malsana como en la que hacía la guerra. Así llegó á rodearse del prestigio que necesita tener el que manda para ser respetado, siendo el primero en acometer y el último en retirarse del peligro, sin jamás exhalar alguna queja por los padecimientos que le sobrevenían.

Don Guadalupe Victoria, en el período de 1811 á 1814, pocas ocasiones tuvo de hacerse notable y fué un Oficial subalterno de Bravo, de Guerrero que también era entonces casi desconocido, y de Rosains. Hasta que asumió el mando de Veracruz y sobre todo, desde que el último jefe citado se indultó fué cuando empezó á adquirir notoriedad; se estableció en el Puente del Rey, punto indispensable para llegar á Veracruz por Jalapa y allí detuvo muchos convoyes, como el que Aguila llevaba en Noviembre de 1814; en cambio el comercio pequeño pasaba sin dificultad por las inteligencias que los insurgentes tenían en el puerto y por el arreglo que habían ultimado con los

comerciantes, quienes pagaban un moderado derecho de tránsito á los primeros. Cuando Guerrero que había acompañado á Tehuacán al Congreso á fines de 1815 se presentó en Veracruz, Victoria que era de un carácter hurafío lo invitó sin muchas ceremonias á que regresase al Sur, pues allí nada tenía que hacer; con Bravo no se atrevió á hacer otro tanto, aunque sí le dió claramente á conocer el desagrado con que vería su permanencia en una provincia donde había dejado tan buenos recuerdos; por último, no trató con Terán para nada y aún exigía el pago de alcabala por los fusiles que traía Robinsón para este jefe insurgente, exigencia que dió motivo á la desastrosa expedición á Playa Vicente. Así, pues, no dió ninguna muestra de compañerismo á los demás insurgentes, sus antiguos jefes, y solamente consiguió indisponerse con ellos.

Ocupó el pequeño puerto de Boquilla de Piedras, cercano al Puente del Rey, y por él recibía armas y municiones del extranjero que le traía Alvarez de Toledo; consiguió retenerlo bastante tiempo y podía haber servido mucho á la causa insurgente, pero no pudo hacer lo mismo con el Puente del Rey del que fué arrojado por Miyares. Llorente en vano atacó el puerto (Julio de 1815) y fué hasta Noviembre de 1816 cuando el Teniente Coronel Rincón, se apoderó de Boquilla de Piedras y del valioso cargamento que en los almacenes había; sin que Victoria se esforzase poco ni mucho en defender el lugar; á pocos días, sin embargo, se apoderó del puerto ó barra de Nautla que también le fué útil, pero que poseyó poco tiempo, pues en Febrero siguiente, le fué quitada por Llorente, el que no dejó á Victoria que se rehiciera en Misantla.

En 1818 en que la revolución estaba casi extinguida, un Capitán llamado Valentín Guzmán, se comprometió á entregar á Victoria, pero esto lo supo á tiempo y huyó, abandonando hasta su equipaje y ropa de uso. Era tan frugal, que levaba en los tientos de la silla de montar el tasajo de vaca que formaba su único alimento, muy sabroso y agradable en la tierra caliente. Oculto estuvo desde entonces en los terrenos y en

la casa de la hacienda de Peso de Ovejas, perteneciente á Don Francisco Arrillaga; su última derrota fué en Palmillas y otros puntos, y no volvió á reaparecer en la escena pública, sino hasta que Iturbide proclamó el Plan de Iguala. Por el año de 20, había tomado su existencia un carácter fabuloso con motivo de la vida de anacoreta que llevaba en medio de los bosques, no queriendo recibir del Gobierno la gracia de indulto que otros muchos solicitaban cansados de tan prolongada lucha. "En Abril de 1821 se presentó Don Guadalupe Victoria cerca de Veracruz y publicó una proclama en Santa Fé, refiriendo sus padecimientos durante el tiempo en que estuvo oculto, y exhortando á los independientes á la unión para poner feliz término á la guerra; se dirigió desde las cercanías de Córdoba en busca de Iturbide á las provincias del interior y se le presentó en San Juan del Río, habiéndose separado de Bravo en Pachuca; pero el Libertador le consideró incapaz de ocupar un puesto de consideración," y aun lo mandó vigilar.

Hecha la Independencia, ningún cargo le dió Iturbide, y Victoria regresó á Veracruz donde ayudó á Santa-Ana, cuando se pronunció y hubo un momento que quedó solo, pues éste estaba enteramente desanimado, derrocado el Imperio, Victoria fué miembro del Poder Ejecutivo, pero casi no gobernó atento á mandar el ejército en aquel Estado; se le reconoció el grado de General de División y en las elecciones de 1823 fué electo Presidente de la República para el cuatrienio de 1825 á 1829; sin embargo, por las circunstancias anormales, el primer Presidente que tuvo México duró en el puesto desde el 10 de Octubre de 1824 al 31 de Marzo de 1829 que entregó el poder á su sucesor. Por su carácter raro estaba disgustado con los antiguos insurgentes, sus compañeros, y no era bien visto por los de última hora, los que no obstante se aprovecharon de su carácter débil para adueñarse del mando: Gómez Pedroza, primero y Zavala, después, yorkinos, lo dominaron sucesivamente y aunque el país progresó realmente durante su administración, empezó también la era

de los cuartelazos, con el saqueo del Parián se expulsó á los españoles y se echaron los gérmenes de las revueltas que por medio siglo aniquilaron el país.

Victoria bajó del poder y aunque recibió un mando militar en Veracruz, en realidad no volvió á tomar parte en los asuntos públicos y vivió retirado en su hacienda del Jobo. Enfermo en Marzo de 1842, fué trasladado á la fortaleza de Perote para atenderlo, negóse á confesarse con el Cura del pueblo porque era español y hubo necesidad de llamar á otro sacerdote de un pueblo más cercano. Falleció el 21 de ese mes y fué enterrado en el panteón del Castillo; en 1844 los norteamericanos violaron su sepulcro y dos de ellos que bebieron el alcohol en que se conservaban las vísceras murieron. En 1862 sus restos fueron trasladados á Puebla por el General Don Alejandro García.

Victoria fué declarado benemérito de la Patria y se mandó inscribir con letras de oro su nombre en el Salón del Congreso.